

ACERCA DE LA CORTE DE LOS MILAGROS

I. DE UNA TERTULIA DE ANTAÑO A EL RUEDO IBÉRICO

No sé que nadie haya advertido la marcada tendencia esperpéntica de *Una tertulia de antaño*¹ y su relación con *La corte de los milagros*². Aunque *Una tertulia* transcurre después de la caída de Isabel II y en los momentos de la proclamación de Alfonso XII, aunque tiene también abundantes rasgos del estilo de las *Sonatas*, es evidente que tono e intención la colocan en la línea de las grandes obras esperpénticas y, lo que es más, la situación general y varios pasajes se incorporarán luego a *La corte de los milagros*.

RASGOS ESPERPÉNTICOS DE "UNA TERTULIA"

En *La elaboración artística en "Tirano Banderas"*³ he estudiado el desarrollo y la culminación de lo esperpéntico en la obra de Valle. No quise entonces hacer hincapié en *Una tertulia de antaño*, pues pensaba analizarla en vinculación con las novelas de *El ruedo ibérico*. Ahora, pues, señalaré todos los rasgos esperpénticos que en ella se encuentran.

La influencia goyesca. Valle nos dice que uno de sus personajes, la Duquesa de Ordax, tenía "cierto parecido con los retratos de la reina María Luisa" (p. [1], col. 2) y le atribuye gestos y actitudes de maja: ". . . volvió a reír con su risa de maja. . ." (p. [4], col. 2), "aquella Duquesa de Ordax, maja desgarrada, fue por un momento la rica hembra con diez y seis cuarteles de nobleza" (p. [17], col. 1)⁴,

¹ RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, *Una tertulia de antaño*, en *El Cuento Semanal*, Madrid, año 3, núm. 121 (23 de abril de 1909). El folleto consta de 20 páginas sin numerar. Abreviaré *UT*.

² RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, *El ruedo ibérico*, Primera serie, t. 1, *La corte de los milagros*, Imprenta Rivadeneyra, Madrid, 18 de abril de 1927 (*Opera omnia*, vol. 21). Abreviaré *CM*.

³ El Colegio de México, México, 1957 (Publicaciones de la NRFH, 4).

⁴ Conviene comparar este pasaje con otro de *Tirano Banderas* (*Opera omnia*, vol. 16, Madrid, 1927, pp. 46-47). También en Benicarlés, la antigua estirpe puede volver por sus fueros: "Y el desvaído carcamal, en la luz declinante de la cámara desenterraba un gesto chafado, de sangre orgullosa". Pero aquí la decadencia es absoluta.

“después alzó la voz dominando todas las conversaciones, con aquel empaque de maja que en su juventud había parecido gracioso, y ahora sólo era una lejana evocación goyesca...” (p. [17], col. 2). Menos frecuente que en otras obras es la esperpentización animalizante, inspirada igualmente en Goya⁵: “—¿Dónde hay nada más ridículo que esa pajarera nacional que llaman Congreso?” (p. [14], col. 1). De la charla superficial de las damas que asisten a la reunión dice Valle que se asemeja al griterío de las monas del trópico (p. [6], col. 1). Pero la degradación total se advierte sobre todo en la manera como se refiere a los nobles que, “esperando el momento de heredarla”, sirven de rodrigones a la agudísima coja María de los Dolores Portocarrero y Sandoval: “La señora no dejaba de advertirlo, y se vengaba tratándolos despóticamente y llevándolos a todas partes como dos mastines atraillados” (p. [9], col. 1).

Máscaras y muñecos. No los hay, propiamente hablando, en *Una tertulia*; pero se insinúan en el rostro de “un general viejo y repintado” (p. [9], col. 2) y en el afán con que afirma: “¡La verdad no puede decirse siempre!” (p. [11], col. 2).

Teatralería. Junto con la influencia goyesca, la teatralería es quizá el elemento esperpéntico que con mayor claridad y más frecuencia aparece en *Una tertulia*. Bradomín ha encontrado su “actitud”, con la cual “todo se arregla en la vida” (p. [5], col. 1), y habla “lentamente, con una voz velada llena de pausas misteriosas y de inflexiones galantes”, recordando a “Julián Romea cuando en sus últimos tiempos... aún conseguía aplausos haciendo el galán en aquellas comedias francesas que traducía don Ventura de la Vega” (p. [5], col. 2). María de los Dolores, uno de los portavoces de Valle, afirma que para “la comparsa” alfonsina Cánovas es un talento (p. [14], col. 1). Y la Duquesa de Ordax suma al majismo cierta habilidad, o debilidad, dramática: “. . . cambió de tono, como una vieja de teatro” (p. [17], col. 1). En dos fragmentos se alude a cómicos y oradores (teatralería y retórica), y a ellos se agregan otros tipos esperpénticos, pues representan la charlatanería y una forma distinta de espectáculo: “No negaré yo que el orador pueda ser hombre algo discreto... Pero sí niego que puedan serlo quienes se embelesan oyéndole. Los oradores, los cómicos y los barberos sólo pueden ser admirados por los tontos” (p. [15], cols. 1-2); “Los oídos españoles se sugestionan por el sonoro rodar de las palabras. Lo mismo aplauden el brindis del torero, que el parlamento del cómico, que la hueca declamación del tribuno” (p. [16], col. 1).

Finalmente, junto con la sátira del ejército (p. [2], col. 2, y

⁵ J. M. Blecua me sugiere que este tipo de rasgos puede inspirarse también en otro de la *Crónica de don Francesillo de Zúñiga*, obra que, según parece, había leído Valle-Inclán.

p. [12], col. 2), aparecen situaciones y expresiones que, si bien carecen de los rasgos esperpénticos sobresalientes, contribuyen a subrayar la crítica. Los índices de decadencia quedan rápidamente esbozados en los siguientes pasajes que nos hablan, ya de bancarrota económica: "aquellos grandes candelabros de plata. . . hacían recordar el buen tiempo en que los galeones llegaban cargados de las Indias" (p. [3], col. 1), ya de bancarrota moral: la Duquesa de Ordax "estaba encantada de las calaveradas de sus hijos. . ." (p. [2], col. 2). Unas líneas exponen la degradación del noble bajo el influjo pernicioso de un plebeyo: Jorge Ordax "hablaba un poco ronco, y tenía en la voz las mismas inflexiones que Nelo. Ambos recalcaban algunas vocales, rascando las palabras en el gáznate, como si fuese una piedra de amolar" (p. [19], col. 2). Muy cerca se está aquí de la afirmación de las *Partidas* —a las que también se alude en un juego de palabras⁶—: "Ca bien así como el cántaro quebrado se conoce por el sueno. . ."

La espantosa vaciedad del mundo que Valle nos pone ante los ojos queda manifestada por la superioridad que pretende atribuirse y que María de los Dolores satiriza (p. [14], col. 2):

—Estamos en la era de los genios. El Congreso es una jaula de grandes hombres. Servir, ninguno sirve de nada. Necesitan un general para vencer nuestras pobres partidas de aldeanos, y no lo tienen. Necesitan un diplomático, y no lo tienen. Necesitan un almirante, y no lo tienen. Necesitan un hombre de bien que no robe, y no lo tienen. ¡Pero en tanto, todos son genios! Desde las Cortes de Cádiz, parece que todas las mujeres han parido genios en España.

La misma señora y el marqués de Bradomín cierran la novelita con estas terribles y descorazonadoras palabras, que comentan la reacción de los tertulios al saber la noticia de la proclamación de Alfonso XII (p. [20], col. 2):

La dama coja arrastró fuera al Marqués de Bradomín.
—¡Y éstos serán los cortesanos del nuevo reinado!
El viejo dandy tuvo una sonrisa dolorosa y desdeñosa.
—¡Reciben a su príncipe con una guitarra! ¡Triste señal de los tiempos, en que puede ser una guitarra el símbolo de un pueblo y un reinado!

FRAGMENTOS QUE REAPARECEN EN "LA CORTE DE LOS MILAGROS"

Dije al comienzo que la situación general de *Una tertulia* es aprovechada para otra particular de *La corte de los milagros*. Sin

⁶ "Una señora. . . interrogó con aire inocente: «—¿De quién son las partidas?» [las carlistas de Vizcaya]. Respondió María Dolores aparentando mal humor: «—De Alfonso el Sabio»" (p. [10], col. 2, y p. [11], col. 1). Encontramos juegos parecidos en *Tirano Banderas* (p. 257): "Se almiaró Nachito: «—Muchas gracias». Y repuso el tahir, con su mueca leperona: «—¡Son las que me cuelgan!»"

entrar en mayores detalles, basta comparar la novelita con la reunión en casa de los marqueses de Torre-Mellada (*CM*, pp. 39-40), donde, además del cambio de época, se ha agudizado la sátira. Dije también que varios pasajes de *Una tertulia* se incorporan a *La corte*. Y aquí sí vale la pena detenerse a observar la transformación de los viejos fragmentos después que Valle cobró plena conciencia de su propósito y de la forma como había de realizarlo. Cuatro son los fragmentos aprovechados. Uno de ellos retrataba inicialmente a la Duquesa de Ordax; en *La corte de los milagros* servirá para caracterizar la fisonomía y la expresión de Dolores Chamorro, personaje de origen plebeyo:

Tenía la cara arrugada, las cejas con retoque, y llevaba *un peinado de rizos aplastados sobre la frente*, lo que acababa de darle cierto parecido con los retratos de la reina María Luisa. Hablaba con *un desgarro vivo y popular* (*UT*, p. [1], col. 2).

Hablaba con desgarro vivo y popular, *rasgando la boca sin dientes*: Tenía la cara arrugada, las cejas con retoque, y llevaba *sobre la frente un peinado de rizos aplastados*, que acababa de darle cierta semejanza con los retratos de la Reina María Luisa (*CM*, p. 43).

Los cambios no son importantes. Se ha antepuesto la referencia al modo de hablar, y se ha acentuado el gesto y la decrepitud de la Chamorro con una nueva frase. En la tercera oración, se han antepuesto los complementos haciendo depender *sobre la frente*, no del participio *aplastados* sino del verbo *llevaba*, con lo cual se modifica el ritmo y se pone en primer lugar lo que más impresiona en el retrato de la mujer de Carlos IV. Finalmente se reemplaza *parecido* por *semejanza*, acaso para evitar la asonancia molesta con *rizos* que, con la inversión de los complementos, quedaba demasiado próximo.

El segundo fragmento es el más largo de los que pasan a *La corte de los milagros*:

Llegaron algunas damas que, *temerosas de estar a punto en la ópera italiana, hacían un alto en el palacio de la Duquesa de Ordax*. Eran señoras jóvenes y un poco tontas, con los talles altos, el pelo en bucles, y el escote adornado con camelias. Hablaban *de París*, se abanicaban, y reían sin motivo. *Entendíase la voz de todas*, como en una selva tropical el grito de las monas. En rigor, ninguna hablaba. Sus labios *pintados* de carmín lanzaban exclamaciones y desgranaban esas frases triviales consagradas en

Se apartó... cediendo el paso a unas damas *que hacían estación en la tertulia, para llegar después del primer acto a los Bufos de Arderius*. Eran señoras casquivanas y un poco tontas, con los talles altos, el pelo en bucles y el escote adornado con camelias: Hablaban *de modas, de amos, de un tenor italiano*: Se abanicaban y reían sin causa. *Sonaban confundidas las voces*, como en una selva tropical el grito de las monas. En rigor ninguna hablaba: Sus labios *de falso* carmín lanzaban exclamaciones y des-

todas las conversaciones, animándolas con gestos, con golpes de abanico, con *zalemas*.

—¡Pero, qué elegante!

—¡Ay, qué gracia!

—¡Encantadora! ¡Encantadora!
¡Encantadora!

—¡Ni pensarlo!

Y en medio de cada frase el gorgorito de una risa que presta a las palabras una gracia que no tienen. *Aquella risa* muestra la blancura de los dientes, y *el divino granate de la lengua*, al mismo tiempo que esparce la fragancia del seno alzándole en una armoniosa palpitación. Todas aquellas señoras *conspiraban en pro del hijo de Isabel II. Ellas no entendían de política; pero suspiraban por aquellos besamanos del otro reinado, famosos y vistosos. Echaban de menos las intrigas palaciegas, la curiosidad novelesca con que procuraban descubrir entre los caballeros y gentileshombres, el último favorito de aquella reina tan española, tan caritativa, tan sensible, tan devota de la Virgen de la Paloma. Sobre todo echaban de menos el botín de las bandas, de las grandes cruces, de los títulos de Castilla* (UT, p. [6], cols. 1 y 2; p. [7], col. 1).

granaban frases triviales, animándolas con gestos, con golpes de abanico, con *zalamerías*:

—¡Pero qué elegante!

—¡Encantadora! ¡Encantadora!

¡Encantadora!

—¡Ay, qué gracia!

—¡Date pisto!

—¡Ni pensarlo!

Y en medio de cada frase el gorgorito de una risa que presta a las palabras la gracia que no tienen, y muestra la blancura de los dientes, al mismo tiempo que esparce la fragancia del seno alzándole en una armoniosa palpitación. Todas aquellas señoras *intrigaban: Para ellas la política era el botín de las bandas, de las grandes cruces, de los títulos de Castilla: Amaban los besamanos y los enredos de antecámara: Curiosas y noveleras, procuraban descubrir entre los caballeros y gentileshombres al futuro favorito de aquella reina tan española, tan caritativa, tan devota de la Virgen de la Paloma* (CM, pp. 41-42).

Estamos ante una verdadera refundición. Además de los cambios que obedecen a la necesidad de acomodar el pasaje a un momento histórico distinto y a una nueva circunstancia, Valle introduce modificaciones enriquecedoras. Reemplaza palabras débiles por otras llenas de intención (*casquivanas*, "de falso carmín", "hacían estación", en lugar de *jóvenes*, "*pintados de carmín*" y "hacían un alto"); suprime lo que recargaba sin agregar poder expresivo o desviaba demasiado de la actitud burlesca (*esas, consagradas en todas las conversaciones, y el divino granate de la lengua, tan sensible*); amplía para subrayar la superficialidad o el escaso y chabacano repertorio verbal de las damas ("hablaban de *modas, de amorios, de un tenor italiano*"; ¡Date pisto!); corrige una línea imprecisa para darnos una sensación exacta (*sonaban confundidas las voces*, en lugar de *entendiase la voz de todas*); coordina dos oraciones y omite

la repetición de un sujeto innecesario (“una risa que presta a las palabras la gracia que no tienen, y muestra. . .”); modifica una frase entera para rebajar la categoría del espectáculo al cual asisten las damas y el poco interés que aun en esto tienen (*para llegar después del primer acto a los Bufos de Arderius*). Pero quizá lo más logrado es el reajuste de la parte final, en donde se nos da un cuadro apretado de las preocupaciones “políticas” de ese sector femenino.

El marqués de Bradomín conserva su actitud en ambas novelas:

Reclinado en una consola, el caballero legitimista, permanecía un poco apartado. El Vizconde de Chateaubriand solía adoptar una actitud parecida, ante una gran consola dorada, en el salón de Madame de Recamier (*UT*, p. [13], 2).

El Marqués de Bradomín, en pie, de espaldas a la monumental consola, adoptaba la actitud de galante melancolía, que, como suprema lección de donjuanismo, legó a los liones de Francia, el Señor Vizconde Chateaubriand (*CM*, p. 45).

Pero si la actitud es la misma, el párrafo ha sido completamente reelaborado y mejorado. El orden es perfecto y vemos ahora con claridad el cuadro inspirador —el retrato pintado por Luis Girodet—, del cual Valle ha tomado el diseño pero con libertad creadora de escritor.

Ejemplo también de refundición esmerada es el último pasaje aprovechado:

Volaba por la sala, como un vuelo sonoro de abejas, el murmullo de las conversaciones sostenidas en voz baja y en los instantes de mayor silencio se oía el rasguño de una guitarra. Era una música lejana que llegaba acompañada de lamento largo y ondulante, como de canto andaluz. La Duquesa. . . tocó el brazo de Eulalia:

—¿Oyes?

—¿Qué es?

—Jorge, que fraterniza con el Niño de Triana (*UT*, p. [17], 1-2).

El isabelino salón. . . por gracia del garrulero hablar se convertía en una jaula. . . Cuando remansaba el chachareo percibíase un acompañamiento de guitarra y los jipados floripondios de un cante flamenco. La Marquesa Carolina, graciosamente consternada, se recogió en su nido de cojines:

—Tenemos de huésped a Paco el Feo (*CM*, p. 49).

Como en el caso anterior, muy poco queda de la redacción primitiva, aunque sí lo bastante para ver cómo Valle ha destacado los rasgos caricaturescos hasta degradar totalmente la situación, los personajes y el canto lejano.

II. LA ÚLTIMA VERSIÓN DE "LA CORTE DE LOS MILAGROS"

Quizá por descuido, quizá por ignorancia, las últimas versiones de las dos únicas novelas completas de *El ruedo ibérico* no se han recogido, que yo sepa, en las ediciones posteriores a la muerte de Valle-Inclán⁷. Pero si el descuido no afecta demasiado a *¡Viva mi dueño!*, pues el texto está apenas retocado⁸, no ocurre lo mismo con *La corte de los milagros*, en donde aparecen modificaciones que van desde las más o menos sencillas hasta el trasplante de un fragmento, la intercalación de una pasaje largo y el agregado de un capítulo.

VARIANTES MÍNIMAS

En dos casos, ciertas palabras se reemplazan para evitar repeticiones: "La *linajuda*, confusamente, se sabía de un gran *linaje*..." (CM, p. 16); cf.: "...*vejancona*..." (CMS, foll. 3, col. 4). "La Marquesa *cayó en el sofá* soponciándose... acudió la doncella, que en el primer momento *cayó en la cuenta*, y se arrodilló al pie del *sofá*" (CM, p. 303); cf.: "La Marquesa *lloraba angustiada*, soponciándose..." (CMS, foll. 36, col. 1). Para corregir, Valle decidió en el primer caso destacar despectivamente la edad de la dama, que había ejercido sus funciones de dueña desde el "tiempo fernandino" (p. 12). Para el segundo, aprovechó la situación emocional vivida por la marquesa —su hijo ha intentado suicidarse— y subrayó aún más la reacción de una histérica⁹.

⁷ No hubiera resultado difícil encontrarlas. En la Hemeroteca Municipal de Madrid hay ejemplares del periódico que las publicó: *El ruedo ibérico*. *La corte de los milagros*, *El Sol*, Madrid, 20-25, 27-31 de octubre; 1, 3-7, 10-15, 17-22, 24-26, 28-29 de noviembre; 1-4, 6, 8-11 de diciembre de 1931; *El ruedo ibérico*. *¡Viva mi dueño!*, *ibid.*, 14-17, 19-23, 26, 28-31 de enero; 2-3, 5-7, 10, 12, 14, 16-21, 23-28 de febrero; 1-2, 4-6, 8-9, 11, 13, 15-16, 19-20, 23-25 de marzo de 1932. Citaré CMS y VMDS. Para las ediciones en libro (*Opera omnia*, vols. 21 y 22, Madrid, 1927 y 1928) usaré las siglas CM y VMD.

⁸ "El busilis está en sacar al pájaro del convento. Maduró el Niño: —Y *proporcionale papeles*" (VMD, p. 111); cf.: "...*proporcionarle*..." (VMDS, foll. 12, col. 4). "...no se le *deja dos botones parejos*" (VMD, p. 123); cf.: "...*dejan*..." (VMDS, foll. 14, col. 1). "¡Benditos por el propio *Padre Santo!*" (VMD, p. 132); cf.: "...*Santo Padre*" (VMDS, foll. 15, col. 2). "*Suspiró el Marqués*: —No se discuta..." (VMD, p. 242); en VMDS, foll. 27, col. 5, se suprime la oración en cursiva. "En España [la Santa Sede] desea fervientemente cuanto pueda contribuir a una más estrecha *alianza* de todos los católicos con el Trono" (VMD, p. 297); cf.: "...*unión*..." (VMDS, foll. 34, col. 3).

⁹ Razones parecidas a los dos casos anteriores determinaron el siguiente cambio: "Se levantó con *mecimiento de bombona*, pasando al *camarín por aliviarse de nuevo*" (CM, p. 25); cf.: "...*para*..." (CMS, foll. 5, col. 1). Ren-glones antes se leía: "—¡Es que, francamente, no sé *por* dónde puede irse el dinero siendo Papa!"

En un tercer caso, la corrección no parece a primera vista tan acertada, pues justamente se incurre en repetición (*CM*, pp. 170-171):

- ¿Tú has ofrecido algún quiquiriquí a Luis Osorio?
- No recuerdo. ¡Pero a santo de qué!...
- ¿A nadie le has ofrecido?... .
- ¡A nadie, que yo *sepa!*

En la segunda versión (*CMS*, foll. 21, col. 4), Valle reemplaza *sepa* por *recuerde*¹⁰.

Las dos últimas variantes de este tipo parecen responder a distintos motivos. La primera se limita a corregir un posible olvido: en el libro, el apellido del administrador de Los Carvajales es siempre *Olmedilla*, pero una vez se le llama *Romero* (*CM*, p. 287); en el periódico (*CMS*, foll. 34, col. 2) se restablece el apellido correspondiente. El segundo cambio se refiere a la categoría palatina de Torre-Mellada. Valle, después de exponer sus títulos, cierra la enumeración diciendo: "hacia las veces de Sumiller de *Corte*" (*CM*, p. 22). En la versión de 1931, sustituye la palabra subrayada por otra que suena a preciso tecnicismo: "Sumiller de *Corps*" (*CMS*, foll. 4, col. 4). Ahora señala con claridad la función del cortesano que tiene a su cargo el cuidado de la real cámara.

Cambiando la terminación de una palabra, Valle intenta dibujar mejor el tipo de Paco el Feo, cantor de un colmado andaluz. Al referirse a él había dicho: "Ceremonioso, se limpió la punta de los dátiles en el *escurrido* talle..." (*CM*, p. 62), esto es, en la 'delgada cintura'. Años después destaca todavía más caricaturescamente el rasgo físico con un diminutivo: "*escurridito*" (*CMS*, foll. 9, col. 4)¹¹.

Sólo encuentro dos palabras agregadas. La primera, por las circunstancias del relato, hace pensar en una errata del texto primitivo. La mujer de Tito el Baldado, ansiosa de librarse del marido, exclama (*CM*, p. 237): "—¡Hay que dormirse, y sellarle el pío!" En la versión del periódico, se repone la negación omitida: "—¡Hay que *no* dormirse...!" (*CMS*, foll. 29, col. 1). En el segundo caso, la palabra agregada contribuye a aclarar el contexto. Se nos habla del modo de pensar del sofisticado marqués de Redín, quien "desdeñaba

¹⁰ Menos feliz es la siguiente variante: "Las horas luminosas *en* aquella tertulia, solían ser las *de* la madrugada" (*CM*, pp. 55-56). En *CMS*, foll. 8, col. 4, se reemplaza *en* por *de*.

¹¹ Rasgo de esbeltez masculina (cf.: "Tengo mi querer puesto / en un muchacho / delgado de cintura, / moreno y alto; / y así lo quiero, / delgado de cintura, / alto y moreno", FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos populares españoles*, t. 2, Sevilla, 1882, p. 210), en la exageración con que Valle lo presenta se advierte un afán de crítica, pues la característica suele atribuirse con más frecuencia a las mujeres (cf. *ibid.*, pp. 52-53 y 95). En cuanto al tipo de modificación, encontramos otra, quizá debida a errata: "—¡No será menos el disgusto de la Madre!" (*CM*, p. 357); cf.: "... menor..." (*CMS*, foll. 42, col. 1).

y estimaba, conforme a un casuismo que confundía la moral y la estética" y "abrigaba un concepto despectivo del mundo, donde todos los pecadores son unos pobres diablos, y aquellos dilectos que sobresalen, casos ejemplares" (CM, p. 338). En la nueva versión la frase se vuelve más explícita: "...y aquellos *pecadores dilectos*..." (CMS, foll. 40, col. 1).

En un último ejemplo, Valle combina dos tipos de modificaciones. Durante el velorio de la mujer del Tío Juanes, el hijo de la muerta ofrece una copa a Toñete, quien exclama al aceptar: "¡Vaya por el descanso de la difunta!" Una beata le reprocha: "¡Esos *padres nuestros* no sacan de penas a las Benditas!" (CM, p. 184). Pero en la segunda versión encontramos: "¡Esos *responsorios* no sacan de penas y *llamas* a las Benditas!" (CMS, foll. 23, col. 2). *Responsorios* está más de acuerdo con la circunstancia, pues alude específicamente a la oración por los difuntos; *llamas* completa el cuadro de purgatorio y evoca con mayor colorido melodramático los populares retablos de ánimas.

Sólo he encontrado dos cambios sintácticos. Uno de ellos consiste en reemplazar un tiempo verbal por otro y en transponer el sujeto. El Tío Juanes habla con Don Segis, protector y cómplice de los raptos, acerca de un secuestro que no ha tenido las consecuencias deseadas, y le dice: "Ese negocio, ya *usted sabrá* que no ha pintado como se esperaba" (CM, p. 189). En el periódico, se pasa del dubitativo futuro a un presente rotundo: "...ya *sabe usted*..." (CMS, foll. 23, col. 5). La suposición de que Don Segis ignorara lo ocurrido resultaba inadecuada a la situación. La última variante sintáctica consiste en la eliminación de unnexo molesto. Mientras en el libro leíamos que "la damisela permanecía hierática, tendido de atención el pulido entrecejo *de* la frente dibujada y ceñida por las ondas de la crencha" (CM, p. 281), en el periódico la preposición subrayada se trueca en una coma y la frase se agiliza sensiblemente.

TRANSPLANTE DE UN FRAGMENTO

La modificación que voy a estudiar es de aquellas que se han quedado a medio camino en la búsqueda de un perfeccionamiento.

En los capitulillos 8 y 9 del libro cuarto, se ha estado discutiendo la situación que se plantea a los secuestradores y la necesidad de tomar una decisión respecto del raptado. El 10 se inicia de la siguiente manera (CM, p. 151):

Tío Blas de Juanes maduraba en los rincones de la boca, su mueca de viejo pardo:

—Si esta noche hacéis cuenta de trasponer al mochuelo, no hay que perder la sazón.

A las espaldas del tullido, sacó la lengua la bisoja, con hurto bellaco:

—¿Dirá usted que ha estado por demás el pienso que le hemos echado a las caballerías? Pero estoy conforme en que no conviene retardarse.

Negrotos, zainos, burlones, los cuatro bandidos se contraseñaban. Carifancho se alzó con zalameras jonjanas:

—El negocio se ha escachifollado, vista la precisión de aburrir este nido. El nuevo escondite habrá que pagarlo, y por el camino habrá que ir aflojando parné para callar lenguas y cegar ojos. En lo menos tres noches, no llegamos a seguro, si llegamos, que los tricornios ya se ha visto cómo nos andan sobre los pasos. Camino tan disforme, se lleva un pico de la ganancia. Añadid ahora el nuevo escondite. Pues hemos trabajado para el archipámpano, y no valía la pena de haberle puesto los espartos a ese pollo.

Saltó la comadre, palmoteando sobre la cadera, con un revuelo de la falda:

—¡Ya os veo de venir, y toda esa retórica es para dejarnos otra vez cargados con el mochuelo!

Todo el pasaje subrayado se traslada al capitulillo inmediato anterior (CMS, foll. 19, col. 5) y queda intercalado entre

El tullido se alargaba en su mortaja:

—¿Y el tiempo que se pierde? ¿Y el riesgo que se corre con el pájaro en la jaula? Si de una vez se hiciese un escarmiento, verías cómo las familias andaban menos renuentes para aflojar el parné.

Vaca Rabiosa se estallaba los artejos:

—¡Tú la entiendes, y ésa es la fija!

y

El tullido se recogía escupiendo en la lumbre con tos cavernosa.

Con esta breve oración, de claro sentido despectivo, termina el capitulillo.

En cierto modo, el trasplante es un acierto, pues el gesto y las palabras de la mujer, decididamente contrarias a la sugerencia del tullido, quedan en lugar conveniente para refutarla mejor. Por otra parte, el parlamento de Carifancho revela una decisión que comienza a flaquear y que favorece la nueva insistencia del Tío Blas de Juanes. Pero la exclamación de la mujer, provocada por las expresiones de Carifancho en el texto de 1927, queda ahora como desprovista de oportunidad.

INTERCALACIÓN DE UN PASAJE LARGO

Más interesante que las modificaciones estudiadas es la intercalación de un pasaje largo que se agrega al comienzo del capitulillo 21 del libro segundo (CMS, foll. 12, cols. 1-2). El nuevo episodio se

relaciona con la visita que la marquesa Carolina, Feliche Bonifaz y la antigua niñera Cayetana intentan hacer a la familia del guardia a quien los "pollos de la goma" han arrojado la noche anterior desde una ventana (*CM*, pp. 79-81). El capitulillo 20 terminaba con el regreso de las tres mujeres después de una infructuosa tentativa. El 21 nos trasladaba al palacio de la marquesa. Pero en la versión del periódico las visitantes no pueden retirarse con tanta presteza. El capitulillo 21 se inicia de la siguiente manera:

Venían en disputa por la acera, una rubiales enlutada, y un prójimo con catadura de músico ambulante, el violín en funda y la colilla pegada al labio. Con un reajo a las madamas del coche, se metieron por el zaguán. La portera les salió al paso, con misterios de comadre:

—¡Gente de postín! Han preguntado por la Macaría. ¡Para mí que le traían un socorro!

Saltó la rubiales:

—¿Las furcias del simón?

—Las propias.

Intervino el pelanas del violín:

—¡Me puede, que tu madrastra se guarde el mosquis sin contar contigo!

Explicó la portera:

—No se han entrevistado.

La rubiales se salió al arroyo, con apuro de lágrimas y remangué de faldas. El cochero arreaba el penco:

—¡Espera, cristiano! Que las señoras disimulen una palabra... Con permiso... ¡Más negro que este luto que visto es el duelo de mi alma! ¡Ay, mi padre!

Se llegó al coche con desgarrado y popular dramatismo. La Marquesa Carolina asomó su melindroso perfil:

—¿Qué se le ofrece?

—Pues ustedes no lo toman a mal... Esta servidora es hija del finado guardia que mataron unos pollos de la goma. —¡Así los vea hechos cuartos!— La portera me ha impuesto de que habían ustedes preguntado por la viuda... Y si esta servidora puede darles alguna razón en lo que desean...

El prójimo del violín asomaba la jeta por la otra portezuela. La Marquesa Carolina se recogió al fondo del coche con voluble sobresalto. En el arroyo el clásico borracho hacía saludos joviales, y el cochero restallaba la fusta sobre el enjambre de chicuelos macilentos que rodeaban el simón. Alguno más arriscado se encaramaba a la trasera.

La Marquesa consultó con Feliche:

—¿Te parece que se entienda con esta gente Cayetana?

—Será lo mejor.

La Marquesa entregó su portamonedas a la doncella:

—Les das un socorro.

—¿Como de cuánto, Señora Marquesa?

—Lo que tú veas. Encárgate de todo.

Cayetana se apeó del simón oprimiendo timorata el portamonedas, y dio orden al cochero de que arrancase.

¿A qué se debió la intercalación? No resulta fácil establecerlo. Acaso Valle quiso atar un cabo suelto, pues en la novela nada se nos volvía a decir acerca del socorro anunciado y, con la aparición de los nuevos personajes, se tendía el puente necesario. Pero el episodio quizá significaba, ya entonces, algo más.

En 1936, se publicó póstumamente *El trueno dorado*, la última obra de Valle-Inclán¹². Retoma en ella la historia del guardia —con algunas ampliaciones— y la visita de las damas. Pero esta vez no son detenidas por la presencia de la pareja, sino por otro incidente que les impide retirarse y las obliga a buscar refugio en la casa de inclinatio. Visitan al moribundo (el guardia no ha muerto inmediatamente, como en *La corte de los milagros*) y asisten a sus últimos momentos. Cuando, por fin, logran dejar la casa, llegan los personajes que Valle había introducido en su fragmento de 1931¹³. Ahora la moza tiene un nombre —la “Sofi”— y también lo tiene su acompañante, llamado Indalecio Meruéndano, a quien va a cargarse la culpa del atropello de que ha sido objeto el guardia¹⁴. En el folletón aparece otro personaje, “un santo de malas ideas”, conocido por Don Fermín¹⁵. Son las tres figuras claves de la única parte de *Baza de espadas* que ha llegado hasta nosotros¹⁶. Creo que podemos aclarar con esto algo del enigma. Quizá en 1931, el fragmento era tan sólo un nexo. En 1932, Valle presenta *Visperas setembrinas*, en donde desempeñan papel importantísimo la “Sofi”, Meruéndano y Fermín Salvochea. Quién sabe por qué asociaciones, Valle-Inclán llegó a identificar la pareja anónima con los dos primeros y a ampliar el episodio hasta transformarlo en una novela corta, donde se sumaron a viejas situaciones de *La corte de los milagros* otros pasajes completamente nuevos. Cabe preguntarse ahora si *El trueno dorado*, cuya génesis es tan curiosa, iba a ser incorporado como libro a la primera parte de *El ruedo ibérico*. Conociendo la peculiar forma de compo-

¹² Se publicó como folletón en *Ahora*, Madrid, 19 y 26 de marzo, 2, 9, 16 y 23 de abril de 1936 (siempre en las páginas 13-14). Acerca de esta obra véase mi artículo “Las últimas novelas de Valle-Inclán”, *CuA*, 13 (1954), núm. 6, pp. 250-266.

¹³ Cf. foll. del 9 de abril, p. 14, col. 3, y foll. del 16 de abril, p. 13, col. 1.

¹⁴ Cf. foll. del 26 de marzo, p. 13, cois. 1-2.

¹⁵ En *El trueno dorado* sólo se le conoce por Don Fermín, pero es sin duda Fermín Salvochea.

¹⁶ *El ruedo ibérico. Visperas setembrinas. Primera parte de Baza de Espadas* (*El Sol*, Madrid, 7-12, 16-19, 22-23, 25-26; 29-30 de junio; 1-3, 6-7, 9-10, 12, 15-17, 19 de julio de 1932). Para esta obra véase el artículo citado en la nota 12.

ner que caracterizaba a Valle-Inclán¹⁷, no dudo en responder que sí. El ciclo de asociaciones y modificaciones parece terminado con el novelín póstumo, que nos presenta bien dibujadas las *dramatis personae* de *Baza de espadas*.

UN NUEVO CAPÍTULO

Pero la modificación más importante es sin duda la incorporación de un libro introductorio. Mientras en la edición de 1927 *La corte de los milagros* empezaba con "La rosa de oro", en el periódico se inicia con "Aires nacionales" (CMS, foll. 1 y foll. 2, cols. 1-4). Por considerarlo absolutamente desconocido y digno de que se lea, lo transcribo en su totalidad:

AIRES NACIONALES

I

El reinado isabelino fue un albur de espadas: Espadas de sargentos y espadas de generales. Bazas fulleras de sotas y ases.

II

El General Prim caracoleaba su caballo de naipes en todos los baratillos de estampas litográficas: Teatral Santiago Matamoros, atropella infieles tremoleando la jaleada enseña de los Castillejos:

—¡Soldados, viva la Reina!

III

Los héroes marciales de la revolución española no mudaron de grito hasta los últimos amenes. Sus laureadas calvas se fruncían de perplejidades con los tropos de la oratoria demagógica. Aquellos milites gloriosos alumbraban en secreto una devota candelilla por la Señora. Ante la retórica de los motines populares, los espadones de la ronca revolucionaria nunca excusaron sus filos para acuchillar descamisados. El Ejército Español jamás ha malogrado ocasión de mostrarse heroico con la turba descalza y pelona que corre tras la charanga.

IV

—¡Pegar fuerte!

La rufa consigna bajaba de las alturas hasta la soldadesca, que relinchaba de gusto porque la orden nunca venía sin el regalo del rancho con chorizo, cafelito, copa y tagarnina. Los edictos militares, con sus bravatas cherinolas proclamadas al son de redoblados tambores, hacían mal-

¹⁷ Cf. *La elaboración artística en "Tirano Banderas"*, cap. "La evolución", pp. 40 ss.

parir a las viejas. El palo, numen de generales y sargentos, simbolizaba la más oportuna política en las cámaras reales. La Señora, encendida de erisipelas, se inflaba con bucheo de paloma:

—¡Pegar fuerte, a ver si se enmiendan!

V

¡No se enmendaban! Ante aquella pertinaz relajación, la gente nea se santiguaba con susto y aspaviento. Las doctas calvas del moderantismo enrojecen. Los banqueros sacan el oro de sus cajas fuertes para situarlo en la pérfida Albión. La tea revolucionaria atorbellina sus resplandores sobre la católica España. Las utopías socialistas y la pestilencia masónica amenazan convertirla en una roja hoguera. El bandolerismo andaluz llama a sus desafueros rebaja de caudales. El labriego galaico, pleiteante de mala fe, rehusa el pago de las rentas forales. Astures y vizcaínos de las minas promueven utópicas rebeldías por aumentar sus salarios. El huertano levantino, hombre de rencores, dispara su trabuco en las encrucijadas, bajo el vuelo crepuscular de los murciélagos. El pueblo vive fuera de ley desde los olivares andaluces a las cántabras pomaradas, desde los toronjiles levantinos a los miñotos castañares. Falsos apóstoles predicán en el campo y en los talleres el credo comunista, y las gacetas del moderantismo claman por ejemplares rigores. Entre tricornios y fusiles, por las soleadas carreteras, cuerdas de galeotes proletarios caminan a los presidios de África.

VI

Se pegó muy a conciencia. No faltó la ley de fugas, ni se excusaron encarcelamientos regidos de ayuno y maltrato de verdugones, como pide el restablecimiento del orden, frente al desmán popular que rompe faroles y apedrea conventos. Los edictos militares, con sus hipérbolos baladronas, se emulaban en aquel retórico escupir por el colmillo. Desde todas las esquinas nacionales lanzaban roncas contra las logias masónicas, que en sus concilios de medianoche habían decretado la revolución incendiaria, el amor libre y el reparto de bienes. Con tales alarmas se asustaba la gente crédula, y las comunidades de monjas rezaban trisagios, esperando la hora de ser violadas. El maligno andaba suelto, sin que pudiese fusilarlo el General Narváez. ¡Y todo lo exigía el restablecimiento del orden! Se zurró con tan generosa voluntad y se quebraron en la fiesta tantas varas, que se peló de florestas Castilla. Valladolid estuvo tres días con tres noches tartamuda bajo las ráfagas del tiroteo, con las manos en las orejas, medio ojo abierto sobre la soldadesca tiznada de pólvora, que penetraba a culatazos en las tabernas y hacía servicio de retén a la custodia de conventos y Bancos.

VII

En Santa Clara, de Valladolid, la monja organista quedó loca para muchos días, suceso no extraño si se atiende a que una bala le rozó las tocas cuando sacaba agua del pozo. En aquel tiroteo hubo cinco muertos

en la calle y un lorito en el balcón de Capitanía. Todo lo acarrea la judaica pasión por los bienes terrenales, ahora más temosa con la quiebra fraudulenta del Banco de Castilla. Eran muchos los que se lloraban arruinados, y unánimes en el rencoroso clamor por el castigo del presidente y los consejeros, santones de la opinión moderantista en las riberas del Pisuerga. Una providencia judicial, alzando el auto que los tenía en cárcel, sirvió de pretexto a los enemigos del orden. Comenzó la jarana con pedrea y rotura de cristales, alarma de gritos y susto de carreras. Salió la tropa, resbaló un caballo, holgóse el motín callejero alterando chifles y vayas, abroncáronse con esto los pechos militares, sonaron cornetas, encendió el aire la fusilada, y entre cirrus de pólvora, en charcas de sangre, cantaron su triunfo las ranas del orden. Cinco paisanos muertos, y aquel verdigualda cotorrín antillano, que las furias populares inmolaron a pedradas en el balcón de Capitanía. El restablecimiento del orden nunca se logra sin el sacrificio de vidas inocentes. La muerte de su cotorrín desconsoló a la señora generala. Recibía visitas de pésame en el estrado, y con mimos de cuarterona solicitaba del veterano esposo un castigo ejemplar para los crímenes de la demagogia. El general, marido complaciente, dictó un bando de farrucas retóricas y extremó ternizas conyugales disponiendo que fuese disecado el cotorrín para consuelo de su dueña y adorno de la consola. La generala, entre soponcios y congojas, con beata simplicidad, prometía donárselo a las monjas de Santa Clara: Su mitológica fantasía de criolla cuarterona ambicionaba que la maravilla verdigualda del cotorrín, emulase en los limbos monjiles a la blanca paloma del Espíritu Santo¹⁸.

VIII

La gente nea rezaba trisagios implorando la salvación de España. Toda Andalucía, delirante de rencores proletarios, sentíase convulsa por la fiebre anarquista. En Lucena, Montilla y Villar del Duque, los gremios menestrales y las peonadas agrarias asaltaban los archivos municipales y les ponían lumbre. Era su clamor por el reparto de tierras. Con el susto de las represalias se fugaban a las capitales de provincia los caciques y alcaldes de Real Orden. Se desvanecían los alguaciles y chulos del resguardo. En las Casas Consistoriales, llenas de humo, sólo aparecían por raro caso los famélicos chupatintas que se dejan crecer la uña del meñique: Aparentaban simpatía por la causa popular, y con falso guiño leguleyo aconsejaban cordura: Sórdidos, desgachados, retuertos, insinuaban tramposos arbitrios convenientes a la defensa de los amotinados si, fallado el golpe, los empapelaban en un proceso. Y, a hurto, echaban un ojo por las ventanas, en avizorada espera de que asomase la Guardia Civil.

IX

En Villar del Duque, el alcalde, un usurero ricachón con mucha gramática parda, salvó la vida declarándose conforme con el reparto de

¹⁸ Es posible que en el final de este capitulillo haya influido *Un cœur simple* de Flaubert.

bienes. Caído en poder de los revoltosos, cuando a lomos de un asno se fugaba con disfraz de melero, fue arrastrado hasta la Casa Consistorial: Entre pitos y befas, a empellones, siempre en un cerco de roncós y estentóreos amotinados, salió al balcón:

—¡Ea, caballeros, haremos el reparto, y no se hable más cosa ninguna! A lo que sea de razón no ha de negarse vuestro alcalde.

Se arrancó un curda:

—¡Eso es canela!

El alcalde le descubrió entre los amotinados bajo el laurel de una taberna: Era un viejo cañí, esquilador de oficio, con ribetes de cuatrero. Le cayó encima el alguacil, que aún llevaba en el quepís las telarañas del desván donde se había ocultado:

—¡Cállate la boca y no metas el corvejón! Esto es muy serio.

El alcalde se enjugaba el sudor:

—¡Un botijo, no tenéis a mano?

Salió una voz del grupo que lo cercaba:

—¡Un botijo para el señor alcalde!

Otra voz oficiosa:

—¡Mejor una limoná si está acalorado!

Un malasangre:

—¡Que reviente!

Sorna del señor alcalde:

—¿Y quién os hace la partijuela? Yo no os la hago sin refrescarme el gaznate.

Por encima de las cabezas, de mano en mano, volaba una pintada botija de Andújar. El alcalde, luego de beber largo y despacio, la posó a su lado, en el arrimo del balconaje.

—¡Vamos allá! Para mis luces, antes de adelantar paso ninguno, todos los presentes os habéis de disponer en tres bandos: Los que tengan más de una yunta: Los que no pasen de la pareja, y los pelanas.

Un tío lagartón:

—Baje su merced a ponerse en el bando que le corresponde.

Un disidente:

—Lo primero es el reparto de tierras.

Otro:

—Y de yuntas.

Un pelanas:

—Conmigo no reza.

El alcalde:

—Donde que no haya avenencia, nombráis una comisión de vuestro seno para que se entienda con mi autoridad.

Un terne:

—No hay autoridad.

Otras voces:

—¡Abajo los Consumos!

Un violento:

—¡Haremos una degollina!

El alcalde:

—¡El que tenga dos parejas dará una!

Cada bando encrespaba su protesta:

—¡Eso no es razón!

—¡Queremos el reparto de tierras!

—¡La rebaja de caudales!

—¡Abajo los Consumos!

—¡Abajooo!...

—¡Abajo las quintas!

—¡Abajooo!...

Cuando mayor era el tumulto oyóse el toque de militares cornetas que sonaban fuera de la villa, y del balcón municipal se fugaron los amotinados que rodeaban al señor alcalde. Por la lontananza amarilla del rastrojo, moviéndose en hileras, fulgían brillos de roses y fusiles. Los pantalones colorados escalaban los cerros: Latían los gozques de corral sobre las bardas: Eran un clamoroso guirigay todos los gallineros.

X

Al dramatismo libertario y anárquico de las peonadas andaluzas, romántica falseta de cante jondo, respondían bromas de vinazo, bermejas de pimentón, las ribereñas cabilas del Ebro. Los bonetes de aldea predicaban la cruzada carlista, y el jaque valentón rasgueaba el guitarrín patriótico, cantando la jota. La musa popular coronada de ajos y guindillas romanceaba en el laureado umbral de los ventorros: El rejo temerón y selvático de aquellas métricas, era punteado por todos los guitarreros del Ebro. En las sacristías se iniciaban colectas para contrabandear fusiles por la muga de Francia: Las comunidades de monjas bordaban escapularios con el detente, bala. Si en el silencio de la media-noche oían el punteado de las rondallas, deslizábanse, furtivas y descalzas, de sus catres penitentes, para acechar, como novias, tras de las rejias:

—Levantaremos pendones
Por la Santa Religión,
Que nos sobran los riñones
A los hijos de Aragón.

XI

La tea anarquista y las hogueras inquisitoriales atorbellinaban sus negros humos sobre el haz de España. La furia popular trágica de rencores, milagrera y alucinante, incendiaba los campos, y en el cielo rojo del incendio creía ver apariciones celestiales. La fiebre revolucionaria, en la hora de máxima turbulencia, se infantilizaba con apariciones y presagios del milenio. El clero aldeano, predicador de la cruzada carcunda, conducía a sus feligreses a las gándaras de los ejidos comunales. Ágiles pastores de cándidos ojos mostraban el sendero, como en las viejas crónicas que refieren las batallas contra el moro, con la blanca aparición de Santiago. Las negras sotanas escalaban los cerros capitaneando las fanáticas rogativas. Sobre el horizonte incendiado, los niños pastores señalaban las celestes apariciones. La comunión de feligreses esperaba inmobilizada. En el silencio atento, rompía los cristales de la tarde el suspiro

histórico de las beatas como en una cópula sagrada. Sobre las rojas lumbreras de las represalias se encendían las candidas luces del milagro. Todos los ojos contemplaban el teologal prodigio de las escalas angélicas y el trono de nubes donde pacen ovejas e hila su copo de oro Nuestra Señora. Y el incendio de las furias populares corría sobre los campos, y el rico avariento huido de su fundo, se refugiaba en las ciudades, y por las hispánicas veredas, con los últimos reflejos del día destellaban fusiles y tricornios.

XII

En las sedientas villas labradoras, negras de moscas, cercadas de corrales, encendidas de sol, los alcaldes de capa y monterilla reclamaban el amparo de la Guardia Civil. Temían el desmán de las glebas hambrientas desbandadas por los caminos con adusto duelo, sin hallar trabajo: En cuadrillas, implorando limosna, emigraban a las tierras bajas ribereñas del mar, menos castigadas del hambre que las altas llanuras trigueras: Dormían bajo el cielo de luces, por las lindes de los campos asolados. En los villajes de la ruta pedían pan. Algunas mozuelas bailaban a la puerta de los ricos: Viejas de greña caída y ojos de brasa se metían por los zaguanes enlabiando bernardinas: Lloriqueaban los crios encandilados al refajo de las madres, pardas mujerucas en preñez: Tenían una canturía lastimera, y las madres les daban lección de humildad cristiana enseñándoles a besar el mendrugo de la limosna. Las sarracenas peonadas que aún cargaban al hombro las hoces en huelgo, pedían un polvo de tabaco, la palabra adusta, los ojos esquivos bajo el negro zorongó, el rojo pañoleté, el catite o la montera, según fuese su éxodo riberas del Ebro, del Guadalquivir, del Tajo, del Sil, del Duero. Se salían del camino real para rastrear por los majuelos algún racimo olvidado del gorrión: Divertían el hambre con raíces y langostas silvestres como los Profetas del Desierto: Soportaban con enconado rencor la ceñuda hostilidad de la Guardia Civil: Temían su encuentro en el despoblado de las carreteras: Se descubrían y saludaban:

—¡Con Dios la Señora Pareja!

XIII

Entre tricornios y fusiles, cuerdas de proletarios sospechosos de anarquistas acezaban por todas las carreteras de España: En los páramos y soledades camperas se atribulan con el presentimiento de la muerte: Sus ojos, quemados del sol y del polvo, tienen lumbrera de rencores: Aletea su pensamiento en una noche de recelos y penas: Caminan esposados, taciturnos: Cargan escuetos hatillos sobre los hombros, y con miradas de través acechan las dañinas intenciones de los tricornios. Nunca se les autoriza para descansar en poblado: Frecuentemente son conducidos fuera del camino real por tajos de rastrojera, sendas de olivar y negros pinares de silencio, con huellas de lobos y raposos. Entre luces salen a la vista de algún remoto villorrio de los que todavía tienen cárcel con cadena, cepo para borrachos blasfemos, y en la plaza el rollo labrado por toscos y barrocos cinceles. En torno del campanario aletean vencejos y

murciélagos. Dan un humo azul los tejados. Una guitarra llora penas. El nocturno morado del cielo solemniza las voces y las sombras. Los tricornos se contraseñan en silencio, inician un despliegue sobre los flancos, retroceden de espalda con los fusiles prevenidos, ganan distancia, hacen fuego. Un guardia lleva el parte al villorrio. El alcalde lo convida a unas copas. Un secretario, en la misma mesa, moja la pluma en el tintero de asta. Redacta entre dientes: Viéndose esta fuerza agredida por un grupo que intentaba facilitar la fuga de los presos. . .

El monterilla bebe con el guardia:

—Y menos mal que por esta vez los habéis caído cerca del pueblo.

XIV

Las tropas salían de los cuarteles batiendo marcha, se acantonaban en los villorrios, merodeaban por los corrales. Las mujerucas que sufrían el daño sacaban de lejos las uñas, enronqueciendo clamores. Los pantalones colorados perseguidos por la zalagarda de los perros, el gruñido de los marranos y el rebuzno de los asnos escapaban trasponiendo las bardas. Los jaques de pueblo se reunían en la taberna: Si el mosto acaloraba los ánimos y encendía la trifulca popular, tres toques de atención para empezar la fusilada y restablecer el orden como previenen las sabias leyes marciales. El Caballo de Espadas, levantado en corneta, arenga con rutilantes tropas. En las mochilas cacarea un gallo. Ladran los perros, inúmeros perros, nubes de perros: En fuga, cojeando, se expanden por la redondez del ruedo ibérico. Y sobre todos los horizontes, en el curvo límite, donde se juntan la tierra sin sembrar y el cielo, roses y pantalones colorados, brillo de bayonetas, fusilada y humo de pólvora. De la mochila de un quinto vuelan plumas de gallina. El Caballo de Espadas comenta en plática doctrinal con el rucio de Sancho:

—¡El mundo se arregla pegando fuerte!

XV

Los Generales de la Unión Liberal conspiraban fumando vegueros en las tertulias del Casino de Madrid. Aquellos Martes con reuma sifilítico, con juanetes, con bigotes y perillona de química buhonera, compadreaban por las prebendas en ciernes, y comprometían pactos para coronar al Duque de Montpensier. En la espera acudían al tapete verde para probar fortuna, y firmaban pagarés a cuenta de la cucaña revolucionaria: Con sesuda cuquería de tresillistas, premeditaban una función de pólvora, sin plebe, sin muertos, liberal en el reparto de mercedes, y les ponía en cuidado la ambiciosa condición del Conde de Reus. ¡Aquel soldado de aventura que caracoleaba un caballo de naipes en todos los baratillos de estampas litográficas!

XVI

El reinado isabelino fue un albur de espadas: Espadas de sargentos y espadas de generales. Bazas fulleras de sotas y ases.

Como se ve, el nuevo libro era la introducción que necesitaba *El ruedo ibérico*, especialmente en lo que se refiere a su primer grupo de novelas (*La corte de los milagros*, *¡Viva mi dueño!* y *Baza de espadas*), con el cual Valle había pensado formar una serie que debió titularse *Los amenes de un reinado*.

Arquitectura

“Aires nacionales” tiene una arquitectura que podríamos calificar de circular y que simboliza estructuralmente al ruedo ibérico.

Los capitulillos 1 y 16 son idénticos y su repetición no es arbitraria. Son sarcástico resumen de los acontecimientos que se desarrollaron en las postrimerías del reinado de Isabel II. Son también los broches, o mejor quizá los batientes paralelos, que abren y cierran el panorama español de ese tiempo, presentado como una sucesión de cuadros breves.

El capitulillo 2 nos muestra el juego, peligroso y equívoco, en el que todos pensaban: la intervención de Prim. Esperpentizado ya el héroe de los Castillejos con la expresión “teatral¹⁹ Santiago Matamoros”, se suma a su retrato un giro de nuevo cuño para acentuar la caricatura: lo vemos transformado en héroe de estampa litográfica —esperpento quizá del cuadro épico— y montado en “un caballo de naipes”²⁰. Con esto continúa desenvolviéndose la imagen inicial: “Bazas fulleras de *sotas* y *ases*”. Pero si en el capitulillo 2 el caballo de espadas es claramente Prim, más adelante veremos que resume a todo el espíritu militar (cf. capitulillo 14). En el 3, Valle-Inclán arremete contra el ejército²¹. Si comparamos el 2 y el 3 con el 15, vemos que los temas de los primeros se suman y adquieren una posición invertida en el tercero: el capitulillo 15 se inicia con una nueva y violenta crítica del ejército, a la que sigue en los últimos renglones una breve alusión a Prim en la cual se repiten textualmente elementos del capitulillo 2.

El capitulillo 4 anuncia en forma abrupta la consigna militar del momento —“Pegar fuerte”— y se cierra con las palabras de la soberana, que la apoya y la refuerza: “Pegar fuerte, a ver si se enmiendan”. El 14 vuelve a recogerla ligeramente modificada, pero puesta

¹⁹ Cf. el artículo y el libro en las notas 12 y 17.

²⁰ De nuevo cuño, si comparamos *El ruedo ibérico* con otras obras esperpénticas. Hay juegos parecidos en el texto de *La corte de los milagros*: “Intuía el sentido de una gesticulación expresiva y siniestra por aquel anguloso y tumultuoso *barajar de siluetas recortadas*. *La sota de copas*, ronca de la disputa, bebía de una pellejuela. *La de espadas*, inscribía en la pared los ringorrangos de un jabeque. . .” (p. 158); “En la Cámara Real. . . su voz recibía una mengua jocosu, de fantoche que sale al tablado vestido *con manto y corona de rey de baraja*” (p. 370).

²¹ Este ataque se acentúa en *Baza de espadas*.

en boca del Caballo de Espadas. Este Caballo de Espadas, destacado por mayúsculas, ya no es Prim: es todo el Ejército, las figuras máximas, la reina, cuantos piensan como ellos. La primera baza del juego ha llegado a la perfección.

Dentro del triple círculo constituido por los pasajes estudiados, se enmarcan las visiones de la situación española: generales, o más o menos generales, las de los capitulillos 5-6 y 11-13; más localizadas, las que van del 7 al 10. En todas ellas se entrelazan continuamente las actitudes de militares y civiles. Pero al trazar la sucesión de estampas, Valle abandona la dimensión sobre un plano y recurre a algo que nos recuerda los acercamientos progresivos y los desplazamientos de las cámaras cinematográficas, procedimiento que ya había aplicado con éxito en *Tirano Banderas*²².

Unidad estilística

La sola lectura del capítulo revela que la tensión estilístico-esperpéntica no ha disminuido en nada. Reaparecen los rasgos que hemos señalado tanto en *La elaboración artística en "Tirano Banderas"* (pp. 76-104) como en "Las últimas novelas de Valle-Inclán". Pero la nota satírica se acrecienta contra todos los miembros de la reacción, cualquiera sea el grupo al que pertenezcan, aunque, para hablar con justicia, hay que decir que nadie escapa en realidad a la sátira, ni aun los propios revolucionarios, ni aun el pueblo. Todo el ruedo ibérico está contagiado de un mal mortal: la degradación. El latigazo sólo parece detenerse un poco —muy poco, por cierto— frente al fanatismo ingenuo (capitulillo 11), en cuya pintura quedan lejanos reflejos de *Flor de santidad* o del pastor visionario de *La guerra carlista*: "Ágiles pastores de cándidos ojos mostraban el sendero, como en las viejas crónicas que refieren las batallas contra el moro, con la blanca aparición de Santiago . . . los niños pastores señalaban las celestes apariciones. La comunión de feligreses esperaba inmobilizada . . . Todos los ojos contemplaban el teologal prodigio de las escalas angélicas y el trono de nubes donde pacen ovejas e hila su copo de oro Nuestra Señora". No nos engañemos, sin embargo. Si Valle-Inclán vuelve un momento al viejo estilo o a situaciones semejantes a las de un libro anterior (compárese el desfile de menesterosos errantes del capitulillo 12 con los hambrientos que bajan de las montañas en la *Leyenda milenaria*), no es difícil advertir su intención. Son elementos de contraste que realzan violentamente las características esperpénticas del resto o que, cargados de un nuevo tono, destruyen la antigua visión. A veces se da también la estampa escueta y secamente trágica (capitulillo 13) que recuerda la desolada y quieta meditación de Zacarías el Cruzado (*Tirano Banderas*, pp. 201-202).

²² Cf. ed. de 1927, pp. 21-24.

Por fin, debemos destacar un nuevo recuerdo del *Quijote*²³, pero ahora no se habla ni del hidalgo manchego ni de su escudero. Se nos dice tan sólo (capitulillo 14): "...El Caballo de Espadas comenta en plática doctrinal con el rucio de Sancho: —¡El mundo se arregla pegando fuerte!" Basta para completar la caricatura trágica. El pobre borrico, esperpento de Sancho-España, ha perdido la compañía de Rocinante y, en la degradación colectiva de su época, sólo puede prestar oídos a la bestia que simboliza a los antihéroes.

III. CONCLUSIONES

a) Parece indudable que la idea de escribir un conjunto de "episodios nacionales" surgió en la mente de Valle cuando empezó *La guerra carlista* (1908). Pero la primera novela de la serie (*Los cruza-*

²³ Cuando se habla del tema del *Quijote* en la generación del 98, son Azorín y Unamuno quienes atraen exclusivamente la atención. Nada se ha dicho, que yo sepa, de su influencia en Valle-Inclán. Desde 1902, sin embargo, la figura del hidalgo manchego lo atraía: "[Don Miguel Bendaña], descendiente ideal de Don Quijote, pero más linajudo y más feliz, bajó al sepulcro sin haberse despojando del yelmo de Mambrino" ("El palacio de Brandeso", *Los lunes de El Imparcial*, Madrid, 13 de enero de 1902). Luego, sin duda porque la relación no estaba muy de acuerdo con el despótico personaje, Valle quitó el fragmento cuando incorporó "El palacio de Brandeso" a *Sonata de otoño* (cf. mi artículo "Génesis y evolución de *Sonata de otoño*", que aparecerá próximamente en la *RHM*). Una tertulia de antaño pone en boca de Bradomín palabras del "Prólogo al lector" (*Quijote*, Segunda parte): "—¡Hijo mío, no siempre nos depara la suerte la más alta ocasión que vieron los siglos!" (p. [12], col. 1). En *La corte de los milagros* el recuerdo es constante. Algunas veces lo encontramos en boca de personajes viles o caricaturescos, que corrompen el ideal o acentúan la sátira al mencionarlo. Dolores Chamorro tienta la virtud de Feliche y le dice: "...El orgullo es muy mal consejero y tú no estás en situación de hacer la Doña Quijota" (p. 44); "Serías capaz de representar El Quijote con Faldas" (p. 98). La marquesa Carolina comenta una exclamación de Feliche: "—Más propio de aquí es Don Quijote" (p. 122). El barón de Bonifaz, pillastre de estirpe noble, responde al marqués de Torre-Mellada: "...Pues bien, prefiero hundirme en todo eso, a que me mueva por un hilo maese Pedro" (p. 290). Segismundo Olmedilla, cómplice y protector de los bandidos andaluces, dice a propósito de las intenciones correctoras del gobernador de Córdoba: "Se le ha puesto acabar con la gente cruda... y esa fantasía no la ha tenido ni Don Quijote" (p. 111). Más digno, si bien poco simpático, exclama en sus últimos momentos el Espadón de Loja: "—¡Cuántas responsabilidades sobre mi conciencia! ¡Así no hubiese gobernado nunca esta Insula Barataria!" (p. 312). Bradomín, purificado, aunque no redimido, corteja a Feliche y habla con ella del *Quijote* (pp. 209-213). La joven le pregunta: "—¿Y es un libro magnífico?" Él le responde: "—Único" (p. 213). En una ocasión es el propio don Quijote quien vuelve a recorrer los llanos de La Mancha y persigue el tren desde donde se ha hecho fuego sobre un viajero clandestino (p. 106): "...El convoy perfilaba su línea negra por el petrificado mar del llano manchego. Trotaba detrás, enristrada la lanza, todo ilusión en la noche de luna, el yelmo, la sombra de Don Quijote: Llevaba a la grupa, desmadejado de brazos y piernas, un pelele con dos agu-

dos de la causa²⁴) carecía de rasgos esperpénticos. Aunque se encuentran en ella situaciones dramáticas y terribles, predomina la nota romántico-sentimental y el estilo está más próximo al de las *Sonatas* o al feísmo particular de las *Comedias bárbaras*. Con *Una tertulia de antaño* (1909) el norte de Valle ha cambiado. Recurre a elementos deformantes o caricaturescos, mezclados, es verdad, con antiguas elegancias. Sin embargo, éstas quedan ahogadas tras la violencia de algo que es absolutamente pre-esperpéntico. *El resplandor de la hoguera*²⁵ y *Gerifaltes de antaño*²⁶, las dos últimas novelas de *La guerra carlista*, poseen caracteres que los acercan más a *Una tertulia* que a la primera parte de la serie a la cual pertenecen. Puede decirse que, desde entonces, quedó planeado *El ruedo ibérico*, si bien Valle-Inclán no debió sentirse con las fuerzas necesarias para trazar el cuadro que nos iba a dar casi veinte años después.

b) Frente a las modificaciones que experimenta *La corte de los milagros*, vemos que las variantes atienden sobre todo a la estructura general y nos demuestran que en modo alguno Valle-Inclán había dado por concluido su trabajo. Vemos también que la virulencia del esperpento se va acrecentando. *Baza de espadas* y *El trueno dorado* confirman ambas observaciones.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

El Colegio de México.

jeros al socaire de las orejas". También otra obra de Cervantes cruza por la mente de Valle en momento muy oportuno. Asaltada por los pollos de la goma, ruge la víctima: "—¡El Patio de Monipodio!" (p. 61).

²⁴ Apareció por primera vez en *El Mundo*, Madrid, 21-22, 24-25 y 29 de noviembre; 1, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 26 y 29 de diciembre de 1908.

²⁵ *Ibid.*, 17, 21, 24 de enero; 2, 10, 22 de febrero; 1, 7 de marzo; 5, 17 de abril; 7 de mayo de 1909.

²⁶ *Ibid.*, 17-18, 22, 29 de agosto; 14, 22 de septiembre; 5, 12, 14, 24 de octubre; 7, 10, 17, 21, 25 y 27 de noviembre de 1909.